

Cuidar, un paso hacia la salud

El 17 de noviembre de 2018 falleció Gerardo Hernandez, pintor de Las Piedras, cuyas obras fueron tapa de la revista entre 2014 y 2016. Muchos lo conocimos en el hospital, donde pudimos acercarnos a su obra y a algunos detalles de su vida. Gerardo fue un hombre sensible, creativo inteligente y generoso. Con convicción, persistencia, amor por la vida y el arte nos demostró que podía cambiar las condiciones que su enfermedad le venía imponiendo. Hoy queremos agradecerle por este aprendizaje y por su aporte a nuestra revista. Su hermana Patricia nos transmitió el deseo de Gerardo de que su historia pudiera ayudar a otros a asumir y a apoyar con esperanza el riesgo de un proyecto de vida en condiciones nuevas, con dificultades y obstáculos, con oportunidades y compañeros de camino. Su relato nos impulsó a abrir una sección nueva en la RPU, un espacio de diálogo para compartir la experiencia de actores insustituibles en la tarea de pensar y trabajar por la salud mental.

Tomábamos algo en un bar cerca de casa y del residencial donde vivía Gerardo. La conversación era amena y relajada, hasta que me dijo que tenía que hablar algo importante conmigo. ¡En ese momento temblé!: ¿con qué se descolgaría mi hermanito querido? Como siempre le decía, cuando venía con sus extravagantes planteos, o no tan extravagantes, a veces, y terminábamos riendo juntos.

Aproximadamente, estas fueron sus palabras: «Patricia, yo quiero irme del residencial, necesito alquilar un lugar, tener mi espacio para poder pintar, escribir. Ahora no puedo hacer nada...»

El miedo, la incertidumbre y la angustia se apoderaron de mí. Sabía que comenzaba a emprender una lucha difícil para persuadirlo de esa idea, que ya en algún momento, al pasar, había expresado. Rápidamente interpose mi opinión, argumentando que no podía vivir solo, que hacía poco más de un año había tenido que «sacarte de la casa de papá y mamá, en un estado terrible, con una crisis galopante. Que te podía haber pasado cualquier cosa, porque

la casa estaba destrozada, la medicación tirada por los rincones y etc., etc.» Con tranquilidad y firmeza volvió a decirme que eso no se iba a repetir. Insistió y volvió a insistir, porque en eso, como en muchas otras cosas, era muy bueno. «Patricia, yo te entiendo, pero ahora estoy bien y no voy a dejar la medicación ni los controles.» Algo que yo no creía posible que sucediera, por lo menos sostenido en el tiempo. Le expliqué las razones una y otra vez, a las que él refutaba con intensidad. Entonces replicó con serena actitud reflexiva y bonachona —algo muy característico de él—: «A ver, Patricia, cuánto tiempo creés que pueda vivir solo, ¿hasta que me haga viejo y necesite volver a un lugar así? Tengo más de sesenta años. En algún momento tendré que volver, pero ahora no, porque estoy bien.» Para mí ese fue el punto de inflexión. Pensé, con mucha fuerza, ¡tiene razón, tiene razón!

Finalmente, después de muchas discusiones, enojos, peleas y aceptación —porque verdaderamente yo sentía que tenía cierta lógica su planteo, y se lo hice saber— me ganó la pulseada.

Durante el proceso de búsqueda de apartamento Gerardo empezó a manifestar «distraídamente» que iba a extrañar al vivir solo. Opinión que yo, a esa altura sutilmente, trataba de utilizar a mi favor para convencerlo de dejar esa idea.

Fue en ese momento que mi hermano, diecisiete años mayor que yo, me dijo: «Voy a invitar a Ruben, mi compañero de cuarto y a Fernando, otro buen amigo del residencial, a que se vengan conmigo. Ellos me pagan una mensualidad, yo les doy un espacio, les cocino y se vienen, porque allí no estamos bien.»

La mezcla de sensaciones y sentimientos se volvió a repetir en mí, pero con mayor fuerza.

Miles de imágenes y situaciones, nada buenas, por supuesto, surcaron mi mente, alma y cuerpo. Ya no había vuelta atrás...

Lamento no tener la memoria y el «orden» de mi querido hermano Gerardo, para darles la fecha exacta de su mudanza al apartamento de Blvr. Artigas y Millán, a unas diez o doce cuadras de donde vivo.

Su primer compañero de ruta fue Ruben: ¡eran un dúo dinámico! Un año antes de su fallecimiento, se integró a la «comunidad» Fernando. Una tarde me llama Gerardo y me cuenta que había llegado Fernando a visitarlos con la idea de mudarse con ellos. Mi hermano me dijo que iban a probar una o dos noches, pero la prueba se transformó en algo permanente.

Gerardo cocinaba, si tenía que salir dejaba preparado el almuerzo, pascualina, carne, lentejas, fideos, lo que diera la economía, o algo comprado, para que los muchachos, como él los llamaba, almorzaran. Conocía a raja tabla sus rutinas y las respetaba mucho, para que estuvieran bien, se sintieran cómodos. Ruben hacía los mandados e insistía con el lavado de ropa. Cuando se integró Fernando, también hacía mandados; se complementaban y se iban turnando. Gerardo se ocupaba de que fueran al médico, al cardiólogo, al odontólogo, al psiquiatra. Se acompañaban a todos lados, casi siempre iban en dúo, dependiendo de

la ocasión. Salían a hacer trámites, visitas; siempre había algo para hacer.

Gerardo se comunicaba con la familia de ambos, por cualquier detalle de salud general que les aquejara. Fernando y Ruben lo impulsaban en sus proyectos, con la publicación del libro, la venta de las reproducciones de sus obras y de los originales —porque había vuelto a pintar—. Cada uno lo hacía en la medida de sus posibilidades y características. Ruben era casi como su gestor cultural o representante, aunque mi hermano era muy bueno para eso; lo acompañaba a vender, a cobrar, a presentar sus proyectos. Sin ir más lejos, fuimos juntos al Patronato, cuando Gerardo presentó el presupuesto para la publicación del libro que le financiaron. En ese momento lo acompañé como familiar, por supuesto, pero Ruben estaba allí como su bastión emocional, hermano que la vida le regaló en este último período de su vida. Después de la publicación del libro, Fernando recorrió Gral. Flores, puerta a puerta, negocio por negocio, para ofrecer el libro de su «hermano» Gerardo.

¡Eran un trío dinámico! La fuerza del cuidarse, de empatizar, si es que se puede usar este concepto, y de solidarizarse con los compañeros que están en una similar condición.

No voy a decir que no existieron algunas dificultades, pero nada, en relación con lo que pensé. Visto en perspectiva, menos aún.

Hermano mayor de tres, Gerardo nos puso en vilo a toda la familia. Mi papá Héctor nunca pudo aceptar su enfermedad; hizo lo posible, según su saber y entender. Mi mamá María Esther se puso en su corazón de madre a su hijo, para tratar de sacarlo adelante. Mi hermano Sergio, dos años menor que él, lo siguió hasta donde pudo. Quien relata, Patricia, su hermana diecisiete años menor, lo vivió con una mezcla de vergüenza, tristeza, enojo, impotencia y cierta admiración, ternura y regocijo, en los momentos de lucidez y estabilidad. Cuentos en el «caminito» cuando vivíamos en Peñarol Viejo, y yo era una niña; tertulias filosóficas en la adolescencia, cuando ya vivíamos en Las Piedras.

Recuerdo de sus aportes en pintura, «construcciones» y «demoliciones», escritos, largas conversaciones filosóficas y existenciales, opiniones sobre arte, música y demás con amigos de su edad y generaciones más jóvenes.

Hoy puedo decir que parte de la «cura» de mi hermano fue el cuidar. No faltó una toma de medicación, control con psiquiatra y entrevistas con el psicólogo. Por largos períodos, mi mamá no lo podía hacer levantar, no podía hacer que tomara la medicación o que fuera a la consulta asiduamente.

Hoy digo que, en estos últimos años de su vida, Gerardo vivió una experiencia sanadora.

Si bien se presentaron algunas dificultades, el saldo fue muy positivo para Ruben, Fernando, Gerardo y creo que para nosotras, las tres familias.

Experiencias como esta, quizá algo más supervisadas institucionalmente, sería bueno pensarlas como herramientas de salud.

Agradezco infinitamente a Ruben y a Fernando, por haber acompañado a Gerardo en estos años, por hacerlo sentir una persona que podía con la vida, por dejar que los cuidara y que lo cuidaran a él. Por supuesto, el agradecimiento se extiende a las familias de ambos, que, con sus particularidades, como las nuestras, apoyaron y estuvieron cuando algunas cosas se complicaron.

Por último, y no menos importante, agradecer a la Dra. Sandra Romano y a través de ella, al Patronato, por impulsar, motivar y apoyar a Gerardo en la publicación del libro. Sin duda, la confianza depositada en él fue el motor que dio impulso para la publicación de *Ensayo sobre formas expresivas (3). El espejo perdió su memoria*.

Al decir de uno de uno de sus compañeros de ruta, en su juventud:

Amigo, lindo del alma,
tersura de mi candil.
Encuentros en las llamadas
y en una te quiero a ti.

Eduardo Mateo

Muchas gracias,
Patricia Hernández